

La Vestidura Blanca – La Justicia Santificadora de Cristo

La gran controversia siempre ha girado en torno a Cristo y la ley de Dios. Leemos sobre esto en el libro de Apocalipsis cuando la controversia comenzó por primera vez en el cielo (Apocalipsis 12:7-10). Satanás odia a Cristo y siempre ha intentado reemplazarlo (Isaías 14:12-14). Él odia la ley de Dios y busca reemplazarla.

La misma controversia tiene lugar hoy en la vida de hombres y mujeres. Satanás desea reinar en el trono del corazón. Él quiere que la humanidad siga sus caminos, no los caminos de Cristo ni la ley de Dios. En el ámbito de la vida cristiana, él quiere reemplazar la justicia de Cristo con los esfuerzos del hombre por volverse justo, lo cual es legalismo. Él quiere que busquen su propia justicia en sus esfuerzos en lugar de en Cristo y Su justicia. Él quiere que se miren a sí mismos en busca de obediencia en lugar de a Cristo manifestando Su obediencia en y a través de ellos. O, por otro lado, Satanás lleva a los individuos a creer que la obediencia plena y completa a la ley de Dios es imposible. Cualquiera de los dos errores es el resultado de ser engañado por la apostasía “*omega*” de Satanás.

Sin embargo, es solo cuando el pueblo de Dios experimenta la obediencia justa de Cristo en sus vidas que puede salir de su condición laodicense. Así es como reciben las «*vestiduras blancas*» que Dios dice que deben tener (Apocalipsis 3:18).

Justicia por Obras – La Respuesta Natural del Hombre

Buscar ser justos por nuestras obras, por los propios esfuerzos, le es natural al hombre. Somos criados con la enseñanza de que si queremos algo tenemos que trabajar para conseguirlo; las recompensas y beneficios son el resultado de nuestros esfuerzos.

Cuando Dios libró a Israel de su esclavitud egipcia y les dio Sus mandamientos y estatutos, leemos su respuesta en Éxodo 19:7-8.

«Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.» (Éxodo 19:7-8, RVR1960).

Dios sabía que no podían lograr la obediencia con sus propias fuerzas. Sin embargo, Él honró su declaración sabiendo que necesitaban aprender por sí mismos que habían prometido algo que les sería imposible cumplir por sus propios esfuerzos. Esto se llama el Antiguo Pacto en la Biblia; la promesa de Israel de obedecer a Dios por sus propios esfuerzos: *«Todo lo que Jehová ha dicho, haremos»*.

A lo largo de los siglos hasta la época de Cristo, los líderes y el pueblo judío todavía pensaban que podían ser justos guardando la ley de Dios. Los rabinos y fariseos estaban tan convencidos de esto que crearon muchas leyes en sus tradiciones, que no estaban en la Biblia, con el propósito de proteger la ley de Dios de ser pisoteada por la desobediencia. Fueron estas reglas y tradiciones de las que los fariseos acusaron a Jesús de quebrantar. Ninguno de estos esfuerzos condujo a la verdadera justicia, pues es imposible para el hombre alcanzar la justicia esforzándose por guardar la ley de Dios.

Pablo era consciente del fracaso de los judíos para alcanzar la justicia cuando escribió:

«¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo,» (Romanos 9:30-32, RVR1960).

«Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.» (Romanos 10:1-4, RVR1960).

Pablo entendió que Cristo es la única fuente de justicia para la humanidad. Por eso escribió: «*Cristo es el fin de la ley para justicia*». El «*fin*» o meta de la ley es la justicia, pues los preceptos de la ley definen la justicia, que es inalcanzable por los esfuerzos del hombre para obedecerla. Por lo tanto, Dios envió a Cristo para cumplir todos los requisitos que la ley demanda para la justicia. Por ende, uno puede volverse justo solo por la fe en la justicia justificadora y santificadora de Cristo.

Nuevo Pacto – La Justicia de Dios

Que Dios provea la justicia de la ley a través de Cristo es lo que la Biblia llama el Nuevo Pacto, que se basa en mejores promesas; la promesa de Dios de cumplir los requisitos de Sus mandamientos para ellos y en ellos. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron que habría un Nuevo Pacto.

«He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.» (Jeremías 31:31-33, RVR1960).

«Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.» (Ezequiel 36:25-27, RVR1960).

A lo largo del Nuevo Testamento se declara que Jesucristo cumplió los requisitos justos de la ley. Respecto a esto, Pablo escribió sobre su deseo de «*ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe*» (Filipenses 3:9).

Cristo es el mediador del Nuevo Pacto, que se basa en las promesas de Dios de proveer justicia para el hombre, y no en la promesa del hombre de volverse justo guardando la ley de Dios.

« **6** Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. **7** Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. **8** Porque reprendiéndolos dice: *He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; 9 No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. 10 Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo; 11 Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. 12 Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.*» (Hebreos 8:6-12).

Los cristianos de hoy pueden caer fácilmente de nuevo en la obediencia del Antiguo Pacto una vez que aceptan a Cristo. Me atrevería a decir que casi todo cristiano ha seguido el ejemplo de Israel en el desierto. Cuando uno acepta a Cristo y está agradecido por la salvación que Él les da, es natural preguntarle al Señor qué quiere que hagan. Él revela Su voluntad en Su palabra, la Biblia. Entonces la respuesta natural es: *«Te amo, Señor. Por lo tanto, todo lo que me pides que haga, lo haré»*. Esta es una respuesta del Antiguo Pacto. Sin embargo, el joven cristiano aún no sabe lo imposible que le será cumplir esa promesa. Así que él/ella entra en una vida de obediencia esporádica, cayendo y fallando una y otra vez. Su andar cristiano se vuelve desalentador y una carga.

Los cristianos en Galacia cayeron en esta misma actitud del Antiguo Pacto. Se hicieron cristianos por el poder transformador del Espíritu Santo, pero luego comenzaron a tratar de volverse como Jesús guardando la ley de Dios por sus propios esfuerzos. De esto Pablo escribió:

«¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gálatas 3:3, RVR1960).

El propósito de Pablo nunca fue desechar o abolir la ley de Dios. En respuesta a esta falsa acusación, respondió:

«¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.» (Romanos 3:31, RVR1960).

Cuando el cristiano entra en el Nuevo Pacto por fe en Cristo para su obediencia justa, la ley es establecida en su corazón y vida por su fe. El Espíritu Santo comienza a escribir la ley de Dios en el corazón.

«siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.» (2 Corintios 3:3, RVR1960).

Por lo tanto, vemos que el Nuevo Pacto no elimina la ley de Dios. La ley de Dios sigue presente. El único cambio que ha ocurrido es la relación del cristiano con la ley. Antes de que uno acepte a Cristo, la ley lo condena como un pecador merecedor de muerte. Una vez que uno acepta a Cristo como su Salvador, la condena de la ley ya no recae sobre él porque Cristo sufrió en la cruz por él la condena y la pena de muerte por su pecado. Por lo tanto, está libre de la culpa y la pena de muerte por el pecado. Así, como Pablo lo expresó, *«de manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe»* (Gálatas 3:24).

Una vez que el cristiano acepta a Cristo, desea guardar la ley de Dios porque el Espíritu está poniendo el deseo de obedecer en su corazón. Sin embargo, pronto descubre que es imposible guardar la ley de Dios esforzándose por obedecer. Así que la ley se convierte en su *«ayo»* que lo señala a Cristo como un Salvador *«santificador»*. Entonces aprende a *«mirar a Jesús»* (Hebreos 12:1-2) cuando es tentado, pidiéndole a Cristo que le dé Su victoria sobre cada tentación que se le presente. Por lo tanto, experimenta a Cristo como su Salvador justificador y Salvador santificador. Entra plenamente en la experiencia del Nuevo Pacto por la fe en Cristo.

El Evangelio de la Liberación del Pecado

El apóstol Pablo entendió el evangelio de la victoria sobre el pecado cuando escribió: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Romanos 6:1-2, RVR1960).

Aquí Pablo declara claramente que el seguidor de Jesucristo no debe vivir una vida de pecado habitual. Luego continúa explicando por qué es así.


«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Romanos 6:3-7).

Pablo nos está diciendo en estos versículos que todos los que han aceptado a Jesucristo murieron con Él en la cruz y fueron sepultados con Él en la tumba. Por lo tanto, tu vieja naturaleza pecaminosa; el tú amante del pecado, el tú orgulloso, el tú que no perdona, el tú enojado, el tú lujurioso, está muerto y sepultado con Cristo. Por lo tanto, tu vieja naturaleza pecaminosa está muerta y sepultada, y ya no necesita controlarte.

Así que cuando eres tentado a pecar, debes creer que la vieja naturaleza pecaminosa que una vez te controló ya no necesita controlarte, y que no necesitas ceder a la tentación de pecar. En el momento de la tentación, simplemente vuelves a poner ese yo pecaminoso en la cruz y crees que está muerto y sepultado con Cristo. Esto es lo que significa «*morir diariamente*» y «*tomar tu cruz diariamente*».

Sabiendo esto como un hecho y que no tienes que vivir la vieja vida de pecado, Pablo continúa escribiendo:

«Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se




enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, para el pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Romanos 6:8-14).

Debido a que has muerto con Cristo y fuiste sepultado con Él, también has resucitado con Cristo y puedes vivir una vida de obediencia a Dios. Porque ahora estás *«muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro»*. Por lo tanto, no necesitas *«presentar vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad»*, sino que ahora puedes presentarte *«a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia»*.

En su carta a los Gálatas, Pablo describe claramente cómo el cristiano debe vivir una vida obediente a través de Cristo.

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960).

Aquí Pablo declara cómo el cristiano debe vivir la vida obediente diciéndonos cómo él lo hizo. Primero, aceptó el hecho de que fue *«crucificado con Cristo»*. El viejo Pablo pecaminoso estaba muerto y sepultado con Cristo. Luego se apresura a señalar que *«sin embargo, vivo»*. Sin embargo, no es Pablo quien realmente vive y controla su vida. Más bien afirma: *«y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí»*. Para Pablo, Cristo viviendo en él era una realidad. Por lo tanto, Pablo dependía de Cristo para la victoria sobre el pecado, lo cual expresa con estas palabras: *«lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios»*. La frase *«la fe del Hijo de Dios»* significa la obediencia fiel del Hijo de Dios a Su Padre. Así, lo que Pablo está diciendo es que él vive la vida cristiana obediente dependiendo en fe de Cristo, quien vive en él, para



continuar viviendo una vida de obediencia a Su Padre en y a través de Pablo. Así, la obediencia de Pablo es en realidad la justicia obediente de Cristo manifestada en y a través de él. Esta es la verdadera experiencia bíblica de la santificación por la fe solo en Cristo. La justicia de Cristo es *«impartida»*, o se convierte en la vida del creyente.

Para tener la victoria que Dios quiere que tengamos, debemos mantener nuestros ojos en Cristo constantemente o, como dice Pablo: *«Orad sin cesar»* (1 Tesalonicenses 5:17). Debemos ser diligentes para ser guiados por el Espíritu momento a momento, y ser sensibles a la convicción del Espíritu cuando la tentación se nos presente. Esto requerirá una *entrega del 100%* de uno mismo el *100% del tiempo*. Así es como el creyente *«compra»* las *«vestiduras blancas»*.

Verás, nuestra naturaleza pecaminosa intentará dominarnos. Gritará para ser satisfecha por nuestra cesión a la tentación. Nuestra parte es elegir voluntariamente alejarnos de la tentación; *«negar el yo»*, *«tomar nuestra cruz»*, *«morir»* al anhelo de cumplir la tentación y mirar a Cristo pidiéndole que nos dé Su victoria sobre ella y creer que Él hará precisamente eso. Todo lo que podemos hacer es elegir y creer. Elegimos entregando nuestra voluntad a Dios y luego creemos que Cristo nos dará Su victoria. Esta es la experiencia que tendrán aquellos que salgan de Laodicea, reciban la lluvia tardía y estén listos para el regreso de Cristo.

Puede que te encuentres deseando un pecado particular al que realmente no quieres renunciar. En ese caso, nuevamente, *mira a Jesús*. Pídele que te dé Su deseo con respecto a ese pecado en particular. Porque Jesús no solo nos da el perdón por el pecado, sino también el arrepentimiento; un deseo de no querer el pecado (Hechos 5:31).

«La victoria no se gana sin mucha oración ferviente, sin la humillación del yo a cada paso. Nuestra voluntad no debe ser forzada a cooperar con las agencias divinas, sino que debe ser voluntariamente sometida. Si fuera posible imponer sobre ti con una intensidad cien veces mayor la influencia del Espíritu de Dios, no te haría cristiano, un sujeto apto para el cielo. La fortaleza de Satanás no se rompería. La voluntad debe ser puesta del lado de la voluntad de Dios. No eres capaz, por ti mismo, de someter tus propósitos,

deseos e inclinaciones a la voluntad de Dios; pero si estás “dispuesto a ser dispuesto”, Dios hará la obra por ti, incluso “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5). Entonces “ocuparéis vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12, 13)» (*El Discurso Maestro de Jesucristo*, p. 142).

Fe Santificadora

Este asunto estuvo en el corazón de la Reforma Protestante. El grito de batalla de la reforma fue «*sola fide*», «*solo por la fe*». Este asunto está en el corazón del evangelio y el mensaje de la justicia por la fe. También es la forma de evitar caer en la apostasía «*omega*» de Satanás.

La Biblia es clara al respecto. Concerniente al andar cristiano con Dios, Pablo escribió: «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960).

La manera en que uno recibe a Jesucristo como su Salvador justificador es por la fe. Él cree que Jesús es el Hijo de Dios, murió por sus pecados, perdona sus pecados y le da vida eterna. Uno se hace cristiano por la fe en Cristo. Las obras no están involucradas.

Dios no requiere que un pecador perdido comience a hacer buenas obras antes de venir a Cristo. El pecador no tiene que «*limpiar*» su vida y tratar de hacerse aceptable a Dios antes de recibir la salvación. No, el pecador simplemente viene a Cristo tal como es y lo acepta por fe como Su Salvador; acepta lo que Cristo ha hecho por él. El mismo principio de fe se aplica al cristiano que está siendo santificado; viviendo la vida obediente.

Una vez que uno nace de nuevo y comienza a buscar vivir la vida cristiana, es natural que se concentre en sus propios esfuerzos para obedecer la ley de Dios. Sin embargo, pronto descubre que esto es imposible. Pablo describió esta imposibilidad.

«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra

ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.» (Romanos 7:21-23, RVR1960).

Pablo había experimentado personalmente la imposibilidad de obedecer la ley de Dios a través de sus propios esfuerzos. Se vio obligado a exclamar: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24, RVR1960).

Luego da la respuesta a su clamor: «*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro...*» (Romanos 7:25). El apóstol Pablo había aprendido que la fe en Cristo era la única manera de vivir victoriosamente la vida cristiana obediente. «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.» (Romanos 8:3-4, RVR1960).

Para andar en el Espíritu, uno debe experimentar diariamente el bautismo del Espíritu Santo y elegir ceder a Sus impulsos. Una vez que se toma la decisión de ceder a los impulsos del Espíritu, debemos *mirar a Cristo* para que Él viva Su victoria sobre las tentaciones en nuestra vida. Por eso Pablo escribió que «*la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*». Cristo, Quien vive en el creyente lleno del Espíritu, cumplirá los requisitos de justicia de la ley en él a medida que ceda o «*ande*» conforme al Espíritu. Es Jesús Quien cumple los requisitos justos de la ley en el creyente.

Cualquier justicia que busquemos obtener por nuestros propios esfuerzos es en realidad injusticia, ya que es imposible alcanzar cualquier justicia aparte de la fe en la justicia de Cristo. El profeta Isaías escribió: «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.» (Isaías 64:6, RVR1960).

No hay justicia separada de la fe. Por eso Pablo escribió: «*...todo lo que no proviene de fe, es pecado*» (Romanos 14:23).

La ÚNICA manera de vivir una vida cristiana victoriosa es *mirar con fe a Cristo* cuando se es tentado a pecar (Hebreos 12:1-2). La ÚNICA manera en que uno puede volverse justo es por la fe en la justicia de Cristo. La ÚNICA manera en que la obediencia de uno puede ser santa es por la fe en que Cristo vive Su vida santa, justa y obediente dentro de él. Cuando es tentado, se vuelve inmediatamente a Cristo pidiéndole que manifieste Su victoria sobre esa tentación. La obediencia justa de Cristo se manifestará entonces en su vida. Estará experimentando la justicia por la fe en su caminar con el Señor. Habrá comprado las «*vestiduras blancas*». Por eso Pablo escribió:

«Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: «Mas el justo por la fe vivirá»» (Romanos 1:16-17).

El verdadero evangelio de Cristo es un evangelio de «*poder*». Es el mismo poder de Cristo viviendo en nosotros a través del bautismo del Espíritu Santo, trayéndonos «*salvación*» a través de nuestra «*creencia*» o fe en Él. Por lo tanto, el cristiano justificado vive «*por fe*» solo en Cristo para la justicia.

Juan reconoció la fe como el único medio para vencer las tentaciones de Satanás. «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.» (1 Juan 5:4, RVR1960).

Puedes ver por qué Satanás quiere cegar al pueblo de Dios a la maravillosa experiencia de la justicia solo por la fe en Cristo. Primero, quiere reemplazar a Cristo de ese aspecto de la vida del cristiano haciendo que miren a sus propios esfuerzos para vencer en lugar de mirar a Cristo. En segundo lugar, no quiere que tengamos victoria sobre la tentación y el pecado. No quiere que se obedezca la ley de Dios. Porque al experimentar la justicia por la fe, colocamos a Cristo en el centro mismo de nuestro caminar con Dios, y nuestra vida será una vida de obediencia a Dios y a Su ley. A través de nuestra fe en Cristo, la obediencia a la ley de Dios se manifestará en y a través de nosotros por Cristo. Y esa es la verdadera justicia por la fe. Sin embargo, para que recibamos estas «*vestiduras blancas*», debemos tener el «*colirio*» para eliminar nuestra ceguera ante el engaño «*omega*» de Satanás.

Elena G. de White ciertamente entendió la centralidad de la fe en la vida cristiana. Ella escribió:


«El conocimiento de lo que significa la Escritura cuando nos insta a cultivar la fe es más esencial que cualquier otro conocimiento que podamos adquirir.» (*Review and Herald*, 18 de octubre de 1898).

Ella sabía que la fe en Cristo era la única manera de la victoria. Sabía que la fe en la justicia de Cristo era la única manera de ser justos. Sabía que la fe en Cristo era la única manera de la obediencia perfecta a la ley de Dios. Por eso ella respaldó tan fuertemente el mensaje de la justicia por la fe. Sabía que era la única manera de tener a Cristo en el centro de la vida, y convertirse en el pueblo que sale de su condición laodicense, cumple el propósito de Dios para Su iglesia, recibe la lluvia tardía y está listo para encontrarse con Cristo cuando Él regrese en gloria.

La Lucha de la Entrega

La parte del creyente para experimentar la justicia por la fe es entregar sus deseos pecaminosos a Cristo y dejar que Cristo le dé la victoria. Aunque uno haya aceptado a Cristo, todavía tiene deseos pecaminosos dentro de sí. A veces su naturaleza pecaminosa manifestará fuertes deseos de pecar. Los pecados recurrentes en la vida de uno son los pecados habituales que lo han dominado incluso cuando quería obedecer a Cristo. Una y otra vez obtienen la victoria incluso sobre los mejores deseos de uno de hacer el bien. La única solución a esta batalla con el yo es hacer una entrega completa, del 100% («comprar» de Dios) en esos momentos de conflicto con los deseos pecaminosos. Puede haber momentos en que el cristiano clame como Cristo en el Jardín: «*Si es posible, pase de mí esta copa*». Sin embargo, el cristiano en tales momentos también debe decir lo que Cristo dijo: «*Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*».

Una vez que Cristo obtuvo la victoria de la entrega en el Jardín, la victoria de la cruz fue asegurada. Lo mismo ocurre con el pecador en lucha. Una vez que se obtiene la victoria de la entrega, la victoria sobre el pecado está asegurada porque en ese punto Cristo manifestará Su victoria en la vida a medida que el pecador se lo pida a Cristo y crea que Él lo hará.



El cristiano debe darse cuenta de que enfrentará fuertes batallas con sus deseos pecaminosos. Sin embargo, la victoria no se puede obtener esforzándose mucho para vencer estos deseos pecaminosos. No, la victoria se obtendrá cuando uno elija entregar ese pecado recurrente a Dios, y luego pida a Cristo que le dé Su victoria sobre esa tentación. Elige entregar el deseo pecaminoso a Dios y cree que Cristo te dará Su victoria. Es así de simple. Una *entrega del 100% el 100% del tiempo, y mirar a Jesús el 100% del tiempo* para la victoria es la respuesta para vivir una vida cristiana consistentemente victoriosa.

Elena G. de White señaló la naturaleza cooperativa de la victoria cuando escribió:

«Lo que la gente quiere es instrucción. ¿Qué haré para salvar mi alma? Necesitamos más y más piedad vital puesta de manifiesto...» (*Carta 21, 1896*).

«La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección [entrega del 100%]. Pero es totalmente dependiente de Dios para el éxito [fe en la obediencia de Cristo]. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes [entrega del 100%]. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre [entrega del 100%], quien debe obtener su poder de Dios [fe en la obediencia de Cristo]. De un lado hay sabiduría, compasión y poder infinitos; del otro, debilidad, pecaminosidad, impotencia absoluta» (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 384).

También es importante pedirle a Jesús que nos dé Su deseo con respecto a cualquier pecado y tentación que enfrentemos. Jesús lo hará si pedimos con fe. Recuerda, Jesús le da al cristiano tanto el perdón como el deseo de no cometer un pecado particular.

¿Cómo Puede Ocurrir en Tu Vida?

Entonces, ¿cuál es la respuesta a cómo podemos vivir una vida cristiana consistentemente victoriosa? La respuesta es *dejar que Jesús viva Su vida en nosotros*. Pablo enseñó: «...*nosotros tenemos la mente de Cristo*» (1 Corintios 2:16).

La mente de Cristo estaba llena de pensamientos puros, santos y virtuosos. Si le hemos pedido a Cristo que viva en nosotros a través del bautismo del Espíritu Santo, si creemos que Él lo hace y si creemos que manifestará Su amor, Sus pensamientos puros, santos y virtuosos en nuestra mente, Él hará precisamente eso. Es cuestión de fe; creer que Él realmente se manifestará en nuestra vida.

Por eso también Elena G. de White escribió: “*Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús;—mas no tiene nada en mí.*”¹⁴*Juan 14:30. No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fué hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección*» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 98).

El Cristo vivo dentro del creyente debe ser su propia vida. Todo creyente debe poder decir: «*Cristo vive en mí*». La necesidad del cristiano es aprender a dejar que Jesús viva Su vida en y a través de él/ella. Por eso las siguientes escrituras enfatizan la realidad de Cristo viviendo en el creyente. «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10, RVR1960). «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.» (Colosenses 3:4, RVR1960).

Hay una ciencia o metodología para la salvación y la victoria sobre el pecado. Estos son los principios bíblicos para la victoria. Elena G. de White escribió:

«La Biblia contiene la ciencia de la salvación para todos los que quieran oír y hacer las palabras de Cristo. El apóstol dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17)» (*Christian Education*, p. 84).

¿Cómo sucede esto? En pocas palabras, los pasos son los siguientes:

- *Cuando te des cuenta de una tentación a pecar, elige apartar tu mente inmediatamente de ella (Filipenses 4:8).*
- *Cree que la atracción de tu naturaleza pecaminosa hacia la tentación está rota.*
- *Cree que Jesús está en ti.*
- *Pídele que manifieste Su virtud en ti en relación con la tentación. Sé específico.*
- *Cree que Él se manifestará de esa manera.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación. Cuando luchamos contra la tentación, en realidad nos estamos enfocando en ella y tratando de resistirla con nuestras propias fuerzas. En cambio, mira a Jesús para Su victoria en ti (Hebreos 12:1-2).*
- *Agradécele por la liberación que te acaba de dar.*

Tomemos el ejemplo de la ira y el no perdonar. Por ejemplo, alguien te hace algo que te hiere profundamente, lo que te ha enojado y no quieres perdonarlo. La aplicación de estos pasos sería la siguiente:

- *Tan pronto como te des cuenta de la tentación de enojarte y no perdonar, entrega ese deseo pecaminoso y elige apartar tu mente de lo que te hace sentir ira.*
- *Cree que el «tú enojado» y el «tú que no perdona» fueron crucificados en la cruz y que el poder del deseo de tu naturaleza pecaminosa de enojarse y no perdonar está roto.*
- *Cree que Jesús está en ti.*

- *Pídele a Jesús que manifieste Su «paz» y «perdón» en y a través de ti hacia esa persona.*
- *Cree que Él está haciendo eso en ese momento.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación de enojarte.*
- *Agradécele por la liberación de la ira que te acaba de dar.*

Otro ejemplo es cuando eres tentado a tener pensamientos impuros. Haz lo mismo con esa tentación.

- *Tan pronto como te des cuenta de la tentación de tener pensamientos impuros, entrega ese deseo pecaminoso y elige apartar tu mente de lo que te hace tener esos pensamientos impuros.*
- *Cree que el «tú que piensa impuramente» fue crucificado en la cruz y que el poder del deseo de tu naturaleza pecaminosa de tener pensamientos impuros está roto.*
- *Cree que Jesús está en ti.*
- *Pídele a Jesús que manifieste Sus «pensamientos puros» en y a través de ti.*
- *Cree que Él está haciendo eso en ese momento.*
- *Descansa en esa creencia y no luches contra la tentación de tener pensamientos impuros.*
- *Agradécele por la liberación de los pensamientos impuros que te acaba de dar.*

Elena G. de White entendió que la única manera de ser victorioso sobre la tentación es por la fe en la justicia de Cristo.

«La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una

continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene.» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 291).

Un Proceso

Pablo hizo una declaración muy importante cuando escribió: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros,» (Gálatas 4:19, RVR1960). Que Cristo sea formado o manifestado en la vida del cristiano es un *proceso*. La declaración de Pablo de que «*moría diariamente*» también describe este proceso. Día tras día, el cristiano bajo la convicción del Espíritu y la iluminación de la Palabra de Dios elige entregar sus deseos pecaminosos a Cristo y deja que Cristo manifieste Sus deseos puros en su vida. Elena G. de White explicó este asombroso milagro de transformación.

«Cuando sus palabras de instrucción son recibidas, y se han posesionado de nosotros, Jesús es para nosotros una presencia permanente, controlando nuestros pensamientos, ideas y acciones... Ya no somos nosotros los que vivimos, sino Cristo el que vive en nosotros, y Él es la esperanza de gloria. El yo ha muerto, pero Cristo es un Salvador vivo» (*Testimonios para los Ministros*, p. 389).

Elena G. de White fue muy clara al respecto. Aquí afirma claramente que es la presencia permanente de Jesús la que controla nuestros pensamientos, ideas y acciones. Si elegimos creer que Él hará esto y creemos que el poder de nuestra naturaleza pecaminosa sobre nosotros está muerto, entonces Cristo definitivamente vivirá Su vida en nosotros. ¡Es así de simple!

A medida que este proceso continúa en la vida del creyente, aquel que, por ejemplo, en situaciones donde la ira habría surgido en el pasado, ahora no hay ira. En cambio, el perdón y la paz de Cristo llenan el corazón. El poder de la naturaleza pecaminosa será totalmente subyugado, y la naturaleza sin pecado de Cristo será totalmente dominante en la vida.

Elena G. de White describió este nivel de relación con Cristo.

«Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con

nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, **que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos**. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso» (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 668).

«Las inclinaciones naturales son mitigadas y sometidas. Nuevos pensamientos, nuevos sentimientos, nuevos motivos son implantados. Se traza una nueva norma del carácter: la vida de Cristo. La mente es cambiada; las facultades son despertadas para obrar en nuevas direcciones. El hombre no es dotado de nuevas facultades, sino que las facultades que tiene son santificadas. La conciencia se despierta. Somos dotados de rasgos de carácter que nos capacitan para servir a Dios» (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 98).

Sin embargo, es importante recordar que este es un proceso. Cambios tan dramáticos no suelen ocurrir instantáneamente. Debemos crecer diariamente en la experiencia de dejar que Cristo viva Su vida en nosotros. Si hacemos eso, entonces Dios se asegurará de que estemos listos para recibir la lluvia tardía, para vivir sin Cristo como nuestro mediador y estar listos para Su regreso. «estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;» (Filipenses 1:6, RVR1960). «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.» (1 Tesalonicenses 5:23-24, RVR1960).

Cristo Espera un Remanente Victorioso

Así que la verdad es que Cristo ha estado esperando un pueblo remanente que esté *100% entregado* y *100% victorioso* sobre la tentación y el pecado. Como hemos visto, esto no sucederá esforzándonos más, sino entendiendo y experimentando la justicia por la fe solo en Cristo para la victoria.

Juan también describió a aquellos que estarán listos para el regreso de Cristo. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.» (1 Juan 3:2, RVR1960).

Como hemos visto, la palabra griega traducida «*semejantes*» en este versículo significa «*exactamente como*». Aquellos listos para el regreso de Cristo serán *exactamente como Jesús* en carácter, autoridad, vida, ministerio, etc. ¿Por qué es así? Son *exactamente como Jesús* porque Jesús mismo se está manifestando en su vida al 100%.

Aquellos que cedan a la obra de purificación de Dios en su vida descrita en Malaquías capítulo tres tendrán a Cristo viviendo y reinando en su vida hasta tal punto que al obedecerle no harán sino seguir sus propios impulsos. Su vida será una vida de «*continua*» obediencia. Es en ese momento que se cumplirá la siguiente declaración de Elena G. de White.

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos» (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, p. 47).

Juan escribió en Apocalipsis que el último pueblo remanente de Dios será un pueblo victorioso que guarda los mandamientos; no un pueblo que se esfuerza pero falla en guardar los mandamientos de Dios.

«Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.» (Apocalipsis 12:17, RVR1960).

«Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.» (Apocalipsis 14:12, RVR1960).

«Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.» (Apocalipsis 22:14, RVR1960).

La ropa es lo que se ve. Por lo tanto, su vida de desobediencia será lavada por la sangre de Cristo y Su obediencia es lo que se ve en su vida. Este es el

«manto blanco» de Apocalipsis 3:18, que es la obediencia justa de Cristo en la vida.

Muchos otros versículos en Apocalipsis describen al último pueblo de Dios como aquellos que «*vencen*» (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7). ¿Qué vencen? Han vencido victoriosamente todas las tentaciones y el pecado que Satanás les presenta. Esta victoria debe ser la experiencia de aquellos que salen de su condición laodicense, reciben la lluvia tardía y están listos para el regreso de Cristo.

El Engaño de Satanás

Como se discutió anteriormente, Satanás sabe estas cosas y hará todo lo posible para confundir el asunto y extraviarnos a través de su apostasía «*omega*». Él sabe que la victoria solo puede venir si nos enfocamos en Jesús y le permitimos vivir Su vida en y a través de nosotros. Así que el plan de Satanás es que quitemos los ojos de Jesús. En cambio, quiere que nos enfoquemos en las tentaciones con las que luchamos. Quiere que pensemos que podemos volvernos justos e incluso desarrollar perfectamente el carácter de Cristo enfocándonos en lo que se debe y no se debe hacer, en la ley; en cualquier cosa menos en Jesús. Quiere que pensemos que podemos ser victoriosos sobre la tentación si simplemente «*nos esforzamos*» lo suficiente, con la ayuda de Dios, por supuesto. Lleva a muchos a creer que enfocarse en los «*debes y no debes*» de nuestra religión traerá avivamiento. Tal religión es una carga desprovista de gozo. Todo esfuerzo de este tipo fracasará. Los «*debes y no debes*» son importantes, pero no deben ser nuestro enfoque.

O Satanás llevará a muchos a rechazar la posibilidad de reflejar perfectamente el carácter de Cristo mediante la obediencia a la ley de Dios. La mayoría de los que llegan a esta conclusión han intentado obedecer con sus propias fuerzas y han descubierto la imposibilidad de alcanzar una victoria completa. Así que retroceden y descansan *solo en un Cristo justificador*, creyendo que la santificación plena y completa es imposible. Concluyen que la victoria completa sobre la tentación y el pecado no es alcanzable en esta vida. Esta también es una posición muy peligrosa. Tanto el legalismo como el

rechazo de la obediencia completa conducirán a que uno no esté listo para recibir la lluvia tardía del Espíritu.


Algunos temen que tal visión de obediencia completa y victoria sobre la tentación conduzca a la jactancia y a sentimientos de haber logrado la perfección. Las actitudes de jactancia o los sentimientos de haber logrado la perfección son imposibles de experimentar para el cristiano lleno del Espíritu. Cuanto más se acercan a Cristo, más pecadores se saben. Se dan cuenta de que no hay justicia en ellos. Saben que podrían ceder a una tentación en cualquier momento si quitan los ojos de Jesús. Saben que su única esperanza de victoria es seguir confiando en que Jesús viva Su victoria en y a través de ellos. Y cuando Jesús regrese, se sentirán indignos de ser salvos. Saben que su única esperanza de salvación y victoria ha sido su fe en Jesús. Lanzarán sus coronas a los pies de Jesús porque saben que no merecen las coronas porque Jesús hizo todo por ellos. Todo lo que hicieron fue tener fe en Él para que los salvara del pecado y la muerte. Sabrán lo que Pablo quiso decir cuando escribió:

« **29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31) (NIV).

Su jactancia por toda la eternidad será jactarse en Jesús; alabar a Jesucristo por la salvación que les proveyó.

Debemos ser llenados diariamente con la presencia de Jesús a través del bautismo del Espíritu (*colirio*), y dejar que Él viva Su vida victoriosa en nosotros (*manto blanco*). Cristo debe vivir la obediencia a la ley de Dios en nosotros. Entonces y solo entonces comenzaremos el proceso de la victoria completa (*oro*). Entonces y solo entonces saldremos de Laodicea. Entonces Dios derramará la lluvia tardía del Espíritu sobre Su pueblo porque entonces estarán listos para recibirla. Entonces y solo entonces cumplirán el propósito para el cual Dios llamó a Su iglesia a la existencia, y Cristo regresará.

Hoy no es demasiado tarde. ¿Dirás sí al llamado de Dios para salir de Laodicea y ser parte de la última generación victoriosa de creyentes que



permiten que Cristo se manifieste en sus vidas y reproduzca perfectamente Su carácter de obediencia a la ley de Dios en ellos, y permitan que la multiforme sabiduría de Dios sea dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales? Oro para que así sea.